



José María Guelbenzu

ROSER VIALLONGA

Novela La inocencia de un huérfano en la España franquista

Los hijos de la noche

José María Guelbenzu
El esperado

SIRUELA
299 PÁGINAS
19,95 EUROS

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

El mismo novelista que en 1968 escribió *El mercurio*, novela pionera que rompe con todas las convenciones del realismo, se convierte en uno de los más devotos cultivadores de la novela con voluntad de novela que nace con el romanticismo y culmina en el realismo, sin abandonar su afán renovador. La definición de Constantino Bértolo para la narrativa de José María Guelbenzu (Madrid, 1944), "raíces en la tradición, osadía frente a ella", vale sobre todo para *El esperado*, novela publicada en 1984 y reeditada ahora, que invita a una reflexión sobre una trayectoria tan peculiar como consistente.

El esperado debe tanto a la narrativa inglesa del siglo XVIII como -sin el mínimo afán despectivo- al mejor José María de Pereda. Si en *Peñas arriba* se nos habla del invierno de Marcelo en casa de su tío Celso, ahora un narrador en tercera persona se alterna con la voz de un muchacho de quince años, León Saldaña, para hablarnos de su terrible experiencia, un verano de 1959, en el cántabro pueblo de Solano. También aquí la naturaleza ha de tener una presencia deter-

minante, con una carga simbólica que refuerza la intensidad del relato; y el realismo de raíz costumbrista se ve desplazado por una tragedia que a veces roza, involuntariamente, el melodrama.

La novela tiene mucho de educación sentimental: asistimos a la inocencia amenazada por una visión degradada del amor, por el pasado falangista de un personaje como Pepín el Guapo y por la importancia del poder, del dinero y de la diferencia de clases. León es un muchacho "ponderado y tranquilo", "modesto y bien educado". Su padre murió cuando él tenía tres años: "no era rojo, pero era maestro", "y los maestros estaban mal vistos por los nacionales". Estudia en un buen colegio porque consigue una media beca. Su amigo Jaime le invita a pasar las vacaciones en su casa. Y es así como entra en contacto con la familia de los Mayor, una de las principales de Solano, para penetrar en "un mundo que cada vez se le aparecía más misterioso y turbio y al que las sombras del pasado sobrevolaban como aves carroñeras". Y se siente impotente, vulnerable e indefenso porque él es simplemente testigo de "aquel turbión de pasiones": "Las cosas me sucedían a mí pero yo no les sucedía a ellas".

Atracciones incestuosas, pasión, infidelidades y rechazos en los que la clase social y el papel desempeñado durante la guerra civil tienen un peso importante nos sumergen en un mundo delirante y demencial. Y frente a él, la inocencia de León y su amor por Regina, una hermosa mujer con fama de haberse acostado con todo el mundo y de ser astuta y cruel, pero que siente una especial simpatía por el muchacho: "tú eres el elegido, León, sal de nosotros, apura estos cortos años felices de tu vida antes de enfrentarte a lo incierto, a la inseguridad, a tu destino". León es el hijo del día y ellos son los hijos de la noche y él siempre tuvo miedo a la noche por lo que hay en ella de "pozo sin fondo y soledad". A la noche

Lo que podría ser una novela tradicional y hasta convencional se convierte en una poderosa tragedia

y el día se añade la naturaleza: el bosque en el que la melodía "se alzaba como un canto" o un paraje en el que se refugia y que "hubiera sido grato a los dioses antiguos". Como contraste, las terribles tormentas o el sofocante calor, del mismo modo que el mar y la montaña son lugares de plenitud o de peligro. *El esperado* convierte lo que podría ser una novela tradicional y hasta convencional en una poderosa tragedia que, testigo de un tiempo, alcanza la grandeza de la intemporalidad. |



En el libro, el contable ajusta cuentas con la sociedad

GETTY

Narrativa La última novela de B.S. Johnson antes de suicidarse

Una idea de lo justo

B.S. Johnson
La contabilidad privada de Christie Malry
Traducción de Marcelo Cohen

LIBROS DEL SILENCIO
208 PÁGINAS
17 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Para empezar, un repaso a la biografía de B.S. Johnson, que nació y murió en Londres (1933-1973). Licenciado en Filología Inglesa, profesor de literatura, cronista deportivo de *The Observer*, autor de novelas posmodernistas, atraído por el cine y la televisión y editor de poesía en la *Transatlantic Review*, tenía cuarenta años cuando, deprimido por pensar que a nadie le interesaban sus afanes renovadores, optó por quitarse la vida. El mismo año de su muerte apareció un libro póstumo, una novela-epitafio titulada *La contabilidad privada de Christie Malry*, que ha logrado sobreponerse al olvido y que hoy es una obra de una rara frescura y una estimulante originalidad.

En los sesenta, dice John Lanchester en el prólogo -fechado en 2001, año en que el libro fue rescatado gracias al empeño de Jonathan Coe- había gente que entendía la novela como una fórmula ya agotada, mientras otros dedicaban todas las energías creativas a ella. Johnson, opinaba Lanchester, pertenecía a ambos grupos. Quizá por eso, en su última novela antes de acabar por la brava con los conflic-

tos artísticos y familiares –estaba casado y tenía dos hijos– Johnson crea un personaje de la estirpe del Ignatius Reilly de *La conjura de los necios*, producto de una sociedad desquiciada que alcanza la lucidez al escarbar en su propia neurosis. Como Reilly, Christie Malry necesita dinero para sentir que existe en el diafragma del mundo capitalista. Por ello se embarca a trabajar en un banco y allí concibe su Gran Idea, la contabilidad por partida doble, para saber en todo momento lo que el mundo debe a Malry y qué ha conseguido él cobrarse de la deuda. Lo razonable es que en el balance final de esta guerra feroz entre Malry y Ellos, las columnas del debe y el haber han de cuadrar. El desafío no tiene reglas ni límites y todo se contabiliza.

Pero en 1973 también sucedía que el gran satírico que era B.S. Johnson ya no confiaba en el poder regenerador de la novela y se sentía tentado a dinamitarla desde dentro. Christie, gravemente enfermo, hace suya la vieja clave existencialista: “Nada, nada tiene sentido”. Un poco antes (página 183) habíamos podido leer un expresivo diálogo entre el narrador (Johnson) y el protagonista de la historia (Malry). El primero advierte al segundo que “esta novela no se puede extender mucho más”. El otro acepta el imperativo y razona: “¿Para qué derrochar todo el tiempo libre de un mes leyendo una novela de mil páginas, cuando en una sola velada se puede tener una experiencia comparable en el teatro o el cine? Escribir una novela es un acto anacrónico...” Christie Malry concluye en tono epigramático: “Hoy la novela únicamente debería proponerse ser divertida, brutal y corta”.

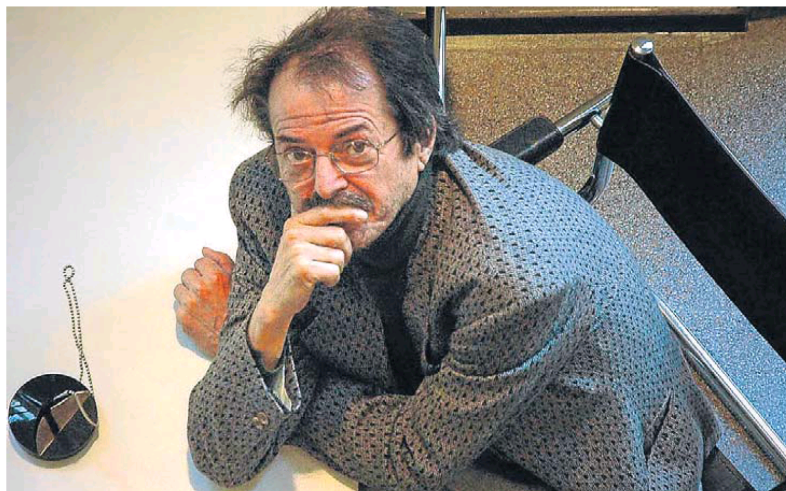
Eso es lo que se propuso e hizo B.S. Johnson con su obra testamentaria, llena de rabia y dolor, con la que culminó un proceso de deconstrucción del género novelístico desde la propia estructura interna del relato. A partir de la muerte de Malry consumido por una neumonía

El libro ha logrado sobreponerse al olvido gracias a una rara frescura y estimulante originalidad

nia y cerrado su balance existencial, es probable que Johnson –honesto consigo mismo– no supiera cómo dar sentido a sus afanes innovadores en una época de descrédito absoluto de los riesgos vanguardistas. ¿Qué podía hacer sin apoyos? El narrador anuncia: “Ya, he dicho todo lo que tenía que decir, o en todo caso lo habré dicho en veintidós páginas más (...) Seguro que ningún lector ni lectora querrá que invente más cosas”. Así Johnson puso fin a la ficción y abandonó la vida. Por coherencia. |

Josep Piera
Joc de daus

EDICIONES 62
224 PÁGINAS
22,50 EUROS



Josep Piera

JOSÉ MARIA ALGUERSUARI

Dietario El mundo visto desde la Drova, en la Safor, junto a Gandia

El reino perdido

JULIA GUILLAMON

De los dietarios que Josep Piera (Beniopa, La Safor, 1947) ha ido publicando desde 1982, *El cingle verd* y *Joc de daus* –el primero y el último– son los que más me gustan. Piera ha viajado de Atenas a Marrakech buscando en el sustrato común mediterráneo el fundamento de la identidad valenciana. Arrinconadas las teorías de Joan Fuster (“dir-nos valencians és la nostra manera de ser catalans”) tenía que cogerse a algo: la mediterraneidad ha sido el clavo ardiendo en el que Piera ha colgado la necesidad de encontrar un lugar en el mundo.

A decir verdad, cada vez que ha ido de viaje ha salido el Piera más esforzadamente escritor, literario y poco natural. Su mirada, sin embargo, siempre es moderna. Si comparamos sus libros con los de Porcel de la buena época (aquel *Mediterrània* que se tradujo al francés con gran revuelo) hay mucha diferencia, porque a pesar del arrojo lírico, la realidad que describe Piera es una realidad decadente, con pocas posibilidades de sobrevivir. Por eso le gusta tanto Nápoles, y por eso la conexión con Valencia es tan clara y sugestiva. Porcel to-

avía encuentra en los lugares que visita un rastro imperial. Piera no: por todas partes descubre la posibilidad del suburbio.

A principios de los años ochenta los escritores de dietarios salían como setas. La poesía había perdido proyección social, no todo el mundo era capaz de escribir una novela con dimensión colectiva. El dietario es la literatura de los solitarios, de los que no encajan, de los que hacen un esfuerzo por preservar la pureza y piensan que este esfuerzo puede resultar ejemplar e interesante para otros lectores. El problema es que estos dietarios puedan llegar a ser excesivamente autorreferenciales. Hablar del entorno más inmediato ayuda a encontrar el tono. Si el autor vive en una pequeña población en el monte –la Drova, en la sierra de Alidaia– habla cada día con la gente del pueblo. Uno es, o ha sido, *llaurador*, el otro tiene un estanco *xicotet*, el de más allá toma un café cada mañana en el mismo bar. Piera escucha el xilófono de la lengua.

Piera habla mucho de los magníficos años setenta, revoltosos y creativos, que el PP ha mandado al desván

Un día de lluvia oye decir *catiusca* para referirse a las botas de agua y evoca otros tiempos. Otro día un vecino de la Drova dice *Cascú és cascú i fa les seves cascadetes*: tira del hilo y llega a la conclusión que *fer una cascadeta* –esta palabra expresión que podría salir perfectamente en *Tirant lo Blanc*– es dejarle llevar por la personalidad propia hasta cometer una locura. Otro día va en el cercanías, en dirección a Sueca. Yo también he viajado en ese tren, de vuelta de comer un arroz de pato de la Albufera en ca-

sa de los suegros de Manel Zabala, y doy fe de que en él se habla un valenciano vivísimo. Una mujer del mismo vagón de Piera dice: *a espaiotet* (poco a poco), *pegar un esvaró* (resbalar). Unos amigos, en Valencia, ven llover e invocan las palabras de la tribu: la tierra blanda y remojada que los viejos dicen que tiene *llacoreta* (de la palabra latina que significa licor: la parte sustanciosa de las aguas estancadas, que se utiliza como fertilizante). En casa de otro, para referirse al tiempo lluvioso, dicen que *està temprós*.

Estas páginas de especulación filológica son el centro de gravedad de *Joc de daus*. Antes y después encontramos fragmentos más coyunturales: una necrológica, un aniversario, vinculados generalmente a aquellos *magnífics anys setanta* que acabaron en el desván. En aquella época la poesía formaba parte de un todo, juntamente con la gran ambición de una escuela valenciana, con librerías como Concret-Llibres de Gandia que aglutinaban a los jóvenes escritores Ignasi Mora, Joan M. Monjo o Enric Sòria; con las expectativas de un movimiento político que permitiera la recuperación del país.

Entre los años 2006 y 2009, cuando transcurre el dietario, las cosas han cambiado. Se ha perdido el impulso colectivo, los poetas se han recluso en sus certezas (“Quan vindrà la tardor, estació tan trista m’ho passaré millor/del punt de vista artista” dice un verso de Jules Laforgue traducido por Marià Villangómez, que Piera cita con ironía). Uno de los pocos espacios de civilización son los encuentros con amigos escritores en aquellas lecturas internacionales que montaba el Institut Ramon Llull: los clásicos *bolos*. En Valencia mejor callar, si no quieres convertirte –según la definición de Fuster– en combustible para fallas. |